Liberales navarros en armas
(1868-1876)

Liberales navarros en armas (1868-1876)

Ángel García-Sanz Marcotegui

upna
Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Colección Historia, n.º 42

Título: *Liberales navarros en armas (1868-1876)*

Autor: Ángel García-Sanz Marcotegui

Edita: Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitate Publikoa
1.ª edición: 2022

Imagen cubierta: AGN, Guardia Foral, caja 20312/6

Composición: Pretexto
Imprime: Ulzama Digital

ISBN: 978-84-9769-385-1
Depósito Legal: NA 642-2022

© Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitate Publikoa
© Ángel García-Sanz Marcotegui

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Coordinación y distribución: Sección de Comunicación (Área de Publicaciones)
Universidad Pública de Navarra
Campus de Arrosadia
31006 Pamplona
publicaciones@unavarra.es

A mi sobrina nieta Irati

Índice

Siglas 11

Introducción 13

La situación de los liberales navarros al inicio del Sexenio Democrático 21

La cuantificación de los liberales en armas 43

Servicios y recompensas 69

La defensa del esfuerzo bélico 85

1. La controvertida opinión del general republicano Ramón Nouvilas (1873) 89
2. La campaña de *El Eco de Pamplona* y *El Eco de Navarra* (finales de 1875 y principios de 1876) 90
3. Las réplicas de los liberales movilizados a las críticas de los periodistas Juan Bautista Fauró y Juan Mañé y Flaquer 98

La situación después de la última guerra carlista 129

Conclusiones 139

Apéndice biográfico 143

Bibliografía 407

Índice de voces 415

Siglas

AGN	Archivo General de Navarra
AGN, DFN	Archivo General de Navarra, Diputación Foral de Navarra
AGMS	Archivo General Militar (Segovia)
AHN	Archivo Histórico Nacional
AJGVA	Archivo de la Junta General del valle de Aezkoa
AMCi	Archivo Municipal de Cintruénigo
AME	Archivo Municipal de Estella
AMP	Archivo Municipal de Pamplona
AMTa	Archivo Municipal de Tafalla
AMTu	Archivo Municipal de Tudela
BOP	*Boletín Oficial de Pamplona*
BOPN	*Boletín Oficial de la Provincia de Navarra*
CDMH	Centro Documental de la Memoria Histórica
RAH	Real Academia de la Historia
SHM, ICM	Servicio Histórico Militar, Instituto de Cultura Militar

Introducción

La imagen de una Navarra ultracatólica, misoneísta, vanguardia del antiliberalismo («la nueva Covadonga»), en la que el carlismo era absolutamente hegemónico hasta después de la última guerra civil, debe mucho, entre otros autores, a Gerald Brenan y Hugh Thomas. Ambos prestigiosos hispanistas escribieron sus obras cuando la historiografía sobre la Navarra contemporánea estaban en mantillas y desconozco si llegaron a pisar algún archivo navarro. En cualquier caso, el segundo llegó a afirmar que un viaje a Navarra era «una expedición a la Edad Media»[1]. Entre nosotros, historiadores tan sagaces como Vicente Garmendia también han sostenido que «la inmensa mayoría de vascos y navarros» han sido carlistas, aunque no sería así en la Ribera de Navarra[2].

A esa imagen ha contribuido también el desapego que despertaba el liberalismo navarro y el desinterés por estudiarlo, ya que su profesión constitucionalista lo hacía muy poco atractivo para los tradicionalistas y

1. Pese a coincidir con ellos y con otros hispanistas, como Raymond Carr, Martin Blinkhorn admitió, acertadamente, que la insistencia en la importancia del carlismo en Navarra comportaba un interpretación demasiado «reduccionista» de la sociedad navarra, lo que, a mi juicio, siquiera indirectamente, abre la posibilidad de matizarla en alguna medida (cfr. Ángel García-Sanz Marcotegui y César Layana Ilundain, «El liberalismo navarro (1868-1931). Estado de la cuestión y propuestas de investigación», en *Mito y realidad en la historia de Navarra. Actas del IV Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona, SEHN, 1999, vol. III, p. 45).

2. Vicente Garmendia, *La ideología carlista (1868-1876). En los orígenes del nacionalismo vasco*, Zarautz, Diputación Foral de Gipuzkoa, 1984, pp. 16, 36.

su dimensión española provocaba el rechazo de los nacionalistas vascos[3]. Además, algunos interesados en poner de relieve las limitaciones de la revolución liberal (por lo visto, que en las elecciones de 1840 votasen unos 13 000 individuos es peor que no lo hiciese ninguno) se muestran fascinados por los carlistas. Y ello porque estos recogerían los anhelos del auténtico pueblo (los pobres), sorprendentemente más explotado aún que en el Antiguo Régimen por los liberales (los ricos)[4]. Así se explica la desatención de la historiografía a la Navarra del periodo isabelino, el Sexenio Democrático y el reinado de Alfonso XII. Todo ello propició el desconocimiento del liberalismo y la insistencia en su carácter meramente residual. En este sentido, llama la atención que en numerosas publicaciones se olvide la significación liberal y, a veces, republicana de muchos jefes, oficiales y clases del Ejército y de destacados miembros de las profesiones liberales: médicos, abogados, músicos, farmacéuticos, etc.

En algunos de mis trabajos, recojo diversas opiniones que insisten en el carácter cuasitestimonial del liberalismo en Navarra y las Provincias Vascongadas. Así, la de *El Pensamiento Navarro* en 1923 para el que la guerra de 1872-1876 en el País Vasco-navarro no fue civil, dado que, en su mayor parte, se inclinó por los carlistas[5]. Por su parte, Emilio López Adán, *Beltza*, refiriéndose al País Vasco, admite que «hubo bastantes liberales en el País», pero advierte que, mientras los combatientes carlistas eran voluntarios y de la masa popular, aquellos eran una minoría encerrada en las murallas de las ciudades y solo en Bilbao y en la zona del Ebro habría habido sectores liberales significativos. Por supuesto, para este autor, «el verdadero Ejército liberal era extraño al país», «los carlistas vascos consideraban a los liberales

3. Cfr. Ángel García-Sanz Marcotegui, «Los efectos de las guerras en la configuración de la identidad (siglo XIX)», *Navarra: Memoria e imagen. Actas del VI Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona, SEHN, 2006, vol. III, p. 184.

4. En este sentido, la admiración que despierta la manipulada figura de Zumalacárregui en una parte de la sedicente izquierda es esclarecedora. De ahí que, cuando el llamado subcomandante Marcos se alzó en la selva Lacandona en Chiapas, en una pared de la Universidad Pública de Navarra se colocase una pancarta en la que ponía: «¡Viva Zapata! ¡Gora Zumalacarregui!».

5. Ángel García-Sanz Marcotegui, «Los efectos de las guerras en la configuración de la identidad (siglo XIX)», p. 156.

como extranjeros» y odiaban a los cuerpos armados locales, que los combatían porque los consideraban como «vascos traidores, servidores de una causa extranjera»[6]. De este modo, se sigue un escrito publicado en *La Esperanza* en 1872 en el que se dice que era raro encontrar un apellido vascongado en la Guardia Foral de Bizkaia[7]. Estas opiniones serían extendibles a Navarra, donde, sin embargo, la mayoría de los guardias forales tenían apellidos, entre ellos, muchos vascos, propios de ella. También, en 1977, contra toda evidencia, un dirigente carlista afirmó que, en las guerras carlistas, los soldados liberales eran de fuera[8]. En la misma línea, el sacerdote Victoriano Huici (Etxarri-Aranatz, 1860-1938) homologó a los que no hablaban euskera con liberales y presentó a los castellanos-liberales como enemigos de los fueros, la lengua y la religión de los vascos[9].

Sin entrar en que la renovación de la historiografía navarra se retrasó casi dos décadas respecto a la española, la situación descrita empezó a cambiar en las últimas décadas[10]. Ya en 1983 Ignacio Olábarri y Valentín Vázquez de Prada[11] señalaron la necesidad de estudiar las bases de los carlistas y los liberales en las Provincias Vascongadas y Navarra. A su vez, en 1986, José Andrés Gallego[12] subrayó el vacío historiográfico sobre el periodo compren-

6. Beltza, *Del carlismo al nacionalismo burgués, San Sebastián*, Txertoa, 1978, pp. 55-57. Un tanto paradójicamente, en octubre de 1873 la Diputación Foral de Navarra se lamentó de que los carlistas trataban al país como extranjero por su sistema de destruir que no tenía en cuenta los peligros a los que exponía a la mayoría pacífica de la población (AGN, DFN, caja 20273/4, «Extracto de alocuciones de la Diputación en la guerra carlista, 1872-1876»).

7. Cfr. Vicente Garmendia, *La ideología carlista (1868-1876),* p. 422.

8. José Ángel Pérez-Nievas Abascal, secretario general del Partido Carlista en Navarra, en *Diario de Navarra* (6-VI-1997).

9. Cfr. Iñaki Iriarte López, *Tramas de identidad. Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, Biblioteca Nueva, 2000, Madrid, p. 88-89.

10. En Navarra, ni siquiera hubo una historiografía crítica contra el liberalismo español, propiamente dicha, cuya existencia señalaron Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró y recordó Ignacio Olábarri (cfr. Ignacio Olábarri, «El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)», *Hispania*, 175 (1990), pp. 119-120).

11. Cfr. Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2005, p. 19.

12. José Andrés Gallego, «Génesis de la Navarra contemporánea», *Príncipe de Viana*, Anejo 6 (1987), p. 233.

dido entre 1841 y 1876 y Víctor Manuel Arbeloa[13] recordó la escasez de estudios sobre el carlismo. Ciertamente, para seguir este llamamiento, los investigadores se encontraron con un problema de fuentes, ya que se carece de documentación interna de los partidos más o menos en ciernes, lo que, en el caso de los liberales, impide llegar a conocer qué significaba ser liberal, tanto para ellos mismos como para sus adversarios, por qué lo eran, cuáles eran sus ideas, orden de valores, convicciones e intereses en contraste con los de los carlistas, las diferencias entre los distintos liberalismos, etc., cuestiones ya planteadas por mí y César Layana en 1999 y que siguen sin estudiarse. En este sentido, particularmente se echa en falta la prensa de partido, sobre todo, la liberal-republicana del Sexenio, que fue muy abundante en Pamplona y Tudela[14]. Por otra parte, se carece de estudios monográficos de los principales diarios liberales de la Restauración o de aspectos tales como la vida social de los círculos y casinos liberales de Pamplona y de otras localidades de la provincia, que permanecen todavía en la sombra. En cuanto a la última guerra carlista, no se ha avanzado mucho en la conveniencia de estudiar la composición sociológica, los objetivos, la conducta y la influencia de cada bando, señalada por Extramiana hace cuarenta años[15].

Por fortuna, en las últimas décadas se ha avanzado notablemente en el conocimiento del siglo XIX en Navarra, ya que, tras los trabajos ya clásicos de Rodrigo Rodríguez Garraza, Javier María Donézar, María Cruz Mina, José Fermín Garralda Arizcun, Ramón del Río Aldaz y Juan Pan-Montojo, vinieron después, entre otros, los de Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero y Eduardo González Lorente[16]. A todos

13. Víctor Manuel Arbeloa, «Historia Contemporánea», *Príncipe de Viana*, Anejo 6 (1987), p. 238.

14. En las dos ciudades se editaron más de treinta publicaciones periódicas entre 1868 y 1875 (Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, pp. 114-115).

15. José Extramiana, *Historia de las guerras carlistas*, San Sebastián, L. Haranburu, Editor, 1979, vol. II, p. 156.

16. Véanse por todos Ángel García-Sanz Marcotegui, *Los liberales navarros a través de sus textos (1820-1823)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2018, pp. 26-27; y del mismo autor, *Liberales navarros en la primera guerra carlista. Los cuerpos francos y el motín de 1837*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2014, pp. 13, 15.

ellos vino a unirse más tarde el de Jesús Balduz Calleja[17] sobre las elecciones entre 1833 y 1868, y el último de Ángel García-Sanz Marcotegui[18]. Además, otros autores se han ocupado de aspectos concretos. Así, José María Fuente Langas[19] o Eduardo Martínez Lacabe[20].

En este contexto historiográfico tan brevemente resumido, aquí me ocupo de la última guerra carlista, cuyo estudio ha merecido menos atención de los historiadores que la de los Siete Años, aunque sorprendentemente ninguna de las dos ha despertado gran interés en lo que se refiera a Navarra[21]. No es de extrañar, por tanto, que para algunos autores la última carlistada «supone una de las nebulosas de nuestro pasado pendientes todavía de esclarecer en muchas de sus facetas y también de asumir históricamente»[22]. En concreto, trato de responder a uno de los interrogantes planteados en el citado trabajo colectivo sobre el Sexenio Democrático: estudiar «el esfuerzo bélico de los liberales encuadrados en los distintos cuerpos armados que se formaron con civiles entre 1868 y 1875»[23].

Tras la introducción, dedico un apartado a la situación de Navarra en los primeros años del Sexenio Democrático, debido a la hostilidad de sus inveterados adversarios, los carlistas, y a sus vicisitudes cuando estos últimos decidieron alzarse en armas. Después, me ocupo fundamentalmente de su

17. Jesús A. Balduz Calleja, *Exaltados, tibios y retrógrados. Las elecciones de diputados a Cortes en la Navarra isabelina (1833-1868)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2019.

18. Ángel García-Sanz Marcotegui, *Tirso Lacalle. «El cojo de Cirauqui» (1845-1920). Un contraguerrillero liberal navarro,* Estella, Gobierno de Navarra, 2022.

19. José María Fuente Langas, «Los voluntarios republicanos navarros (1873)», *Príncipe de Viana*, 184 (1988), pp. 343-357.

20. Eduardo Martínez Lacabe, *Violencia y muerte en Navarra. Guerras, epidemias y escasez de subsistencias en el siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004.

21. Es significativa la escasez de títulos referidos específicamente a Navarra en el número de la *Bibliografía de Historia de España* dedicado a la producción historiográfica sobre el carlismo entre 1973 y 2005. Apenas veinte referencias de entre las 2059 reseñadas (María Cruz Rubio Liniers y María Talavera Díaz, *El carlismo*, BIHES, n.º 13, Madrid, CSIC, 2007, pp. 141-142, 163).

22. Cfr. Francisco Javier Caspistegui, Pablo Larraz, Joaquín Ansorena, *Aventuras de un gentleman en la tercera carlistada. Imágenes de la sanidad en guerra, 1872-1876*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, p. 13.

23. Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, p. 374.

respuesta armada mediante el cálculo aproximado de los efectivos de los distintos cuerpos que formaron entonces para combatir a sus enemigos (Tercio Navarro, Voluntarios de la Libertad y de la República, Tiradores del Norte, Guardia Foral, contraguerrillas, Compañía de Emigrados de Pamplona y Milicia Nacional). Para hacer un cómputo correcto, también tengo en cuenta a los militares profesionales y soldados del Ejército. Aunque no he podido contabilizar a los guardias civiles, carabineros, agentes de orden público, todo ello permite deducir que, al igual que, en la guerra de los Siete Años, por cada dos carlistas en armas, había aproximadamente uno liberal[24].

A continuación, trato del tipo de servicios (combates, labores de guías, vigilancia, conducción de suministros, etc.) que hicieron dichos cuerpos y de las recompensas otorgadas a sus componentes (ascensos, condecoraciones, ayudas en metálico, pensiones, etc.) por sus méritos durante la guerra.

En otro apartado, el más novedoso, doy a conocer la campaña emprendida a finales de 1875 por *El Eco de Pamplona* y *El Eco de Navarra* para vindicar el esfuerzo bélico de los paisanos liberales en la contienda frente a quienes los minimizaban y descalificaban. A tal efecto, expongo las opiniones del general republicano Ramón Nouvilas, en 1873, y las de dos periodistas catalanes, Juan Bautista Fauró, en marzo de 1876, y Juan Mañé y Flaquer, en octubre del mismo año, para el que los Voluntarios de la Libertad eran «gentes de malos antecedentes» que controlaban abusivamente a sus vecinos, y recojo la airada reacción en su contra de los liberales navarros movilizados durante la guerra.

Por último, doy algunas noticias sobre la marginación que sufrieron los liberales después de la guerra frente a la consideración que los carlistas merecieron para los gobiernos de signo conservador e incluso fusionista.

El trabajo se completa con unas notas biográficas de medio millar de individuos, un tercio de los previamente seleccionados, de Tiradores del Norte, Voluntarios de la Libertad y de la República, guardias forales, contraguerrilleros y algunos, muy pocos, guardias civiles y carabineros. Soy plenamente consciente de que, para muchos, tal apéndice no es sino un mero ejercicio de eruditismo localista sin mayor interés. Con todo, aunque haya exigido

24. Ángel García-Sanz Marcotegui, *Liberales navarros en la primera guerra carlista. Los cuerpos francos y el motín de 1837*, p. 15.

la tediosa consulta de una variada serie de fuentes (archivos, prensa, etc.), lo considero imprescindible, pues es la única manera de no caer en la doble contabilización (una parte importante se alistó en dos o tres cuerpos diferentes) al calcular el número total de individuos armados. Además, las noticias sobre la trayectoria vital, los servicios durante la guerra, etc. de este conjunto de los liberales navarros armados de toda la provincia permiten comprobar que las mencionadas críticas vertidas sobre ellos eran válidas. De este modo, las breves semblanzas trazadas, lejos de ser inútiles, ofrecen una panorámica general sobre ellos, que completa la que se deriva del estudio realizado sobre más de dos centenares de liberales y republicanos, que, durante el Sexenio Democrático, formaron parte de la Junta Suprema de Gobierno, el Comité Liberal-Fuerista-Monárquico y el comité provincial del partido republicano, y de los que ocuparon cargos de representación a nivel provincial y en Pamplona, Tudela, Estella, Tafalla y Aoiz[25].

Sin duda, ambos trabajos, cuando menos, ponen de relieve la necesidad de matizar la imagen de una Navarra en la que la hegemonía del carlismo fue absoluta en el espacio y el tiempo.

25. Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, *passim*.

La situación de los liberales navarros al inicio del Sexenio Democrático

En este apartado, se añade nueva información que completa el panorama sobre el estado de Navarra en el Sexenio Democrático trazado en el trabajo colectivo de 2005 citado más arriba. En él, poníamos de relieve la abultada nómina de los componentes de la Unión Liberal en Pamplona y de la existencia de tres periódicos liberales: *El Correo de Navarra* (1862-1866), *La Voz de Navarra* (1862-1866) y *El Progresista Navarro* (1865-1866). Este último apareció el 1 de octubre de 1865, poco después de que, en una reunión del Partido Liberal Progresista, se creara el comité interino del Partido Demócrata de Pamplona y el Centro Democrático de Navarra, cuyo desarrollo se vio mediatizado por la polémica que dicho periódico mantuvo con el obispo de Pamplona, quien desde 1862 venía atacando a «los impíos que pretendían pervertir a los navarros»[26]. Ya en 1865 el prelado censuró a *El Correo Navarro*, «el diario revoltoso», porque había defendido la libertad de enseñanza, o sea, «*la corrupción intelectual* de la juventud», que a su juicio eran sinónimos, y recordó que el Papa había condenado «el error de *la libre enseñanza* y demás errores de la kábila *liberal*» en una encíclica y una pastoral[27]. De todos modos,

26. Cfr. Antonio Pérez Goyena, *Ensayo de bibliografía navarra desde la creación de la imprenta en Navarra hasta 1910*, Burgos, Diputación Foral de Navarra y CSIC, 1962, t. VIII, p. 26.

27. *Novísimas glorias de la Iglesia Católica en Navarra. Galería de cuadros de actualidad en que sobre las miserias revolucionarias resplandece con su propio brillo la siempre excelsa mitra de Pamplona. Publícala con licencia de la autoridad eclesiástica un cristiano viejo de esta ciudad*, Pamplona, Imprenta de Francisco Erasun y Rada, 1866, p. 87.

el enfrentamiento más grave del obispo de Pamplona con los liberales fue con *El Progresista de Navarra* y acerca de la «cuestión romana», el liberalismo político, la separación de la Iglesia y el Estado, etc. El prelado descalificó reiteradamente a los «innovadores» y a *El Progresista Navarro*, «dos palabras que braman de verse juntas, dos adjetivos de extraña, de inusitada concordancia en este no-*liberal*, en este noble y católico suelo de Navarra». Asimismo, lo tildó de «periódico de la salvaje democracia con los ribetes no más de progresista [...] envuelto en un pliego de papel masónico», que publicaba artículos «impíamente desvergonzados y desvergonzadamente impíos». Todo lo anterior lo repitió en su «Aviso temporal» del 28 de octubre, recalcando en que *El Progresista Navarro* difundía todas las mañana su dosis de revolución, francmasonismo y anticatolicismo en las familias que tienen la desgracia de recibirlo[28].

Esta postura de la Iglesia tuvo que contribuir, necesariamente, a que en Navarra la oposición a *la Septembrina* se pusiera de manifiesto desde el primer momento. De hecho, la gran influencia la cuestión religiosa se reflejó en las elecciones municipales de diciembre de 1868 y en las generales de enero de 1869, pues gran parte de los navarros eran muy sensibles a cualquier cambio que afectase a la Iglesia[29]. *La Bandera carlista*, publicada en 1871, al ocuparse de las elecciones a Cortes Constituyentes de 1869, llamó a los navarros a defender la unidad de religión, «expresión verdadera y unísona del genio español cuando imperaba en el mundo», y reprodujo una carta en la que se decía que el clero y los católicos navarros sabían que no debían ni podían votar a los defensores de la libertad de cultos[30]. Una carta, remitida a *La Iberia* en diciembre de 1868 por el Casino «Suscripción» de

28. Ibíd., pp. 92, 93, 103.

29. Pese a todas las deficiencias estadísticas formales de su cálculo, es significativo que Navarra, junto a Álava, Baleares, Gipuzkoa, León y Lugo, tuviese la tasa más alta de firmas contra la libertad religiosa de toda España (José Andrés-Gallego, «Aproximación cartográfica a la religiosidad peninsular. Los españoles ante la libertad religiosa del sexenio revolucionario», *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas, Historia contemporánea*, Universidad de Santiago de Compostela, 1975, vol. 4, p. 275).

30. *La Bandera Carlista en 1871. Historia del desarrollo y organización del partido carlista desde la revolución de Septiembre* [...] *por el vizconde de la Esperanza*, Madrid, Imprenta de «El Pensamiento Español», 1871, pp. 223, 237.

Puente la Reina y reproducida por *El Pensamiento Español* (9-XII-1868), revela el malestar de muchos ante cualquier nueva política que afectase al clero. Los cerca de medio centenar de firmantes manifestaban que habían recibido el número 3728 de *La Iberia* (1-XII-1868) para decidir si sería conveniente suscribirse al periódico y, al ver que el primer y largo artículo, «Cuestiones eclesiásticas. El Papa y los obispos», instaba al Gobierno provisional a promulgar el cisma religioso, se «habían conmovido hondamente las fibras del sentimiento católico de los socios»[31]. Por ello, tras una serie de prolijas consideraciones sobre los obispos españoles, los firmantes, a los que se habían unido los propietarios de la villa, se adherían a las exposiciones de los prelados y, para probar lo revulsivo que les eran las ideas del periódico, le devolvían todos los números que habían recibido y le pedían que no les enviaran ninguno más.

En definitiva, cabe afirmar que, con el nuevo sistema político, gran parte de los navarros se sentían incómodos, cuando no atropellados en sus creencias íntimas. La primera parte, bajo el epígrafe «Dios», del citado libro de Vicente Garmendia, es reveladora al respecto, por lo que no hace falta insistir en ello. Con todo, sería interesante profundizar hasta qué punto, pues en principio resulta bastante dudoso, y según la prensa tradicionalista, tras la Revolución de Septiembre, los liberales tenían atemorizada a la población navarra. Así, el 17 de enero de 1869 el semanal satírico *Gil Blas* manifestó lo siguiente:

> Los diarios neos dicen que el terror rojo impera en la provincia de Navarra. Que el Gobierno trata a aquella provincia como el Czar de Rusia trata Polonia. ¿Y saben vds. por qué? Porque ha preso a unos carlistas a quienes todo el mundo esperaba que habían de ser presos. ¿Cómo se escribe la historia? Yo creo que estos neos, en nombre de Dios, se atreven con todo Dios, y no consienten que ni Dios les tosa. ¡Vaya por Dios!

Sea como fuere, para la prensa liberal, la situación era la inversa. Los que amedrantaban eran los carlistas, aupados por la intervención directa del clero

31. Para *La Iberia*, el nombramiento de los obispos correspondía al Gobierno provisional y terminaba con la siguiente frase: «Reflexionen los obispos sobre la necesidad en que se hallan de armonizar el Evangelio con la Revolución, antes que el pueblo castigue su satánica hostilidad».

en su favor, tal como había ocurrido en las elecciones a Cortes Constituyentes de 1869. Ya el 13 de enero de ese año, el juez de primera instancia de Pamplona y su partido, ante las noticias de que determinados párrocos se valían de sus predicaciones para atacar a los principios de la *Septembrina*, recordó a los alcaldes que estaban obligados a denunciarlos[32]. En un editorial del 23 de enero, *La Iberia* afirmó que, en Navarra, a los liberales se les hacía una guerra de exterminio, por lo que pedía al Gobierno provisional emprender una acción enérgica para someter a un clero fanático que, al grito de ¡viva la religión!, no solo influía en las elecciones, sino que también «predicaba el asesinato de los amigos de la Libertad». Si en el palacio arzobispal o en las parroquias se conspiraba, proseguía, era necesario que el Gobierno interviniera. En Navarra se gritaba «¡viva Carlos VII!» y el Gobierno provisional tenía que perseguir y exterminar a los facciosos que así se manifestaban; los curas navarros se colocaban fuera de la ley y, como tal, debían ser considerados; terminaba pidiendo el envío de un Ejército numeroso.

En otro artículo del mismo día 23, *La Iberia* insistió en que Navarra estaba dominaba por los carlistas, tras su éxito en las elecciones gracias a las irresistibles coacciones del clero. Se tenía por un crimen ser liberal y era peligroso gritar «¡viva la Libertad!», mientras que, excepto en la capital, se oían continuamente vivas a Carlos VII y mueras al Gobierno y a los liberales. Citaba el caso de Villafranca, donde dos vecinos que habían vitoreado a la libertad habían sido llevados a la cárcel para evitar que fueran asesinados. Por ello, reiteraba al Gobierno que enviara al Ejército a la provincia, armara a la milicia ciudadana y destituyera a los ayuntamientos, que en su mayoría eran carlistas. Tres días más tarde, *La Iberia* recordó el artículo anterior para poner de relieve la urgencia de intervenir en Navarra.

De hecho, por entonces, corrió el rumor de que los carlistas conspiraban. El periódico neocatólico y tradicionalista *La Regeneración* (25-I-1869) rechazó que los navarros lo hiciesen y afirmó que Joaquín María Múzquiz, el candidato carlista que había competido con Ricardo Alzugaray[33], había sido

32. *BOPN*, 15-I-1869.

33. Una semblanza suya en César Layana Ilundain, «Biografías de los parlamentarios por Navarra (1869-1889)», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 3-4 (1996-1997), pp. 368-369.

hecho preso, acusado de conspirar, pero todas las pruebas en este sentido se reducían al hallazgo de una boina en una tienda. Lo mismo había ocurrido con Cruz Ochoa de Zabalegui, otro diputado carlista que había salido en apoyo de su correligionario. De este modo, decía el periódico católico-monárquico, se había cumplido su vaticinio de que, una vez convocadas las elecciones, se iban a descubrir conspiraciones carlistas en todos los pueblos en los que había contrarios al Gobierno. El día siguiente, *La Iberia* (26-I-69) comentó irónicamente lo anterior, sostuvo que en Navarra y otras regiones se conspiraba y calificó a los «reaccionarios» de «¡hipócritas!».

De cualquier modo, con independencia de lo que se dice más adelante sobre Múzquiz, entre los liberales estaba cobrando fuerza la idea de armarse para hacer frente a los carlistas. *La Iberia* (27-I-1869) publicó una carta de cierto «P. O.» en la que se decía que dos jóvenes de Marcilla, cuyo alcalde al parecer era liberal, habían sido apresados por gritar «¡viva la libertad!»; el anónimo autor se mostró contrario a que fuesen sustituidos los ayuntamientos, pues los nuevos no tendrían el respeto de los vecinos y se encontrarían en grave peligro. Lo que se necesitaba era fuerza y citaba a un batallón de Cazadores que había salido de Pamplona a recorrer varios pueblos para que la gente ignorante desechara la idea de que el titulado Carlos VII iba llegar pronto a Navarra y de que sus partidarios dominaban la situación.

Tal propuesta cobraba todo su sentido teniendo en cuenta que, efectivamente, al menos según los liberales, sus adversarios estaban ya movilizándose. En un escrito del 20 de febrero de 1869, publicado en *La Razón. Diario liberal de la provincia de Gerona* (22-II-1869), «un liberal» escribía desde Tudela que los carlistas que habían acudido a Bayona a alistarse en las filas de don Carlos, decepcionados porque no se cumplían las promesa que les habían hecho, estaban volviendo a España o buscando trabajo en el interior de Francia. A su vez, el Gobierno provisional había autorizado el reparto de armas a los pueblos que lo solicitasen y ya los Voluntarios de la Libertad de Pamplona habían recibido 250 fusiles y los de Tafalla, 120 (ver nota 77)[34].

34. *La Correspondencia de España,* 5-IV-1869.

Una intervención en las Cortes del citado diputado liberal Ricardo Alzugaray, elegido en primera instancia en enero de 1869, es buena muestra del ambiente hostil hacia los liberales en la Navarra más carlista, independientemente de que algunos consideraron que exageraba. El 3 de marzo de ese año, en la discusión del dictamen de la comisión de actas sobre las de Estella, Alzugaray explicó que el éxito de los neos en 1865 se había debido a que la ampliación del voto había hecho que en Navarra las elecciones quedasen en manos de los curas, al poder utilizar su poder e influencia en las masas de los electores menos ilustrados[35]. Ciertamente con esta afirmación mostró su recelo hacia el aumento del censo electoral impropio de un liberal, pero en su intervención pintó un panorama desolador de lo que implicaba la preponderancia del clero. Los curas hacían que, en la provincia, se viviese en «una atmósfera pesadamente reaccionaria» y que se la presentara como el foco de la conspiración de los neocatólicos contra la *Septembrina*, carlistas e isabelinos, que se reunían continuamente a la vista de las autoridades para organizar sus planes; por el contrario, «los únicos que no podían vivir... eran los liberales, que se veían perseguidos, amenazados y anatematizados»; su derrota, continuaba, se debía a que «el clero se encargaba de las conciencias y los carlistas atemorizaban con sus amenazas a los ciudadanos indefensos y pacíficos». La correspondencia de los pueblos que había recibido, añadía, demostraban que así era. Si un elector era acomodado, se le amenazaba con destruir su casa e incendiar sus campos cuando comenzara el levantamiento carlista, y, si era pobre, se le decía que se condenaría si votaba a los liberales. Y continuaba:

> ¡Ah, Sres. Diputados! Felices los que de vosotros no habéis oído quejas de amigos, gemidos de parientes, lamentos de víctimas de una lucha lectoral más cruel, encarnizada y feroz que si fuera una guerra civil. Vosotros no habéis presenciado los odios de vecindad, la perturbación de las familias, los motines, entre horribles y burlescos, de pueblos enteros que guiados por el fanatismo se lanzaban a las calles gritando «mueran los liberales», en el momento mismo que se verificaban las elecciones; vosotros no habéis visto ex-

35. Seguía así lo ocurrido en las elecciones generales de 1865 denunciado por *El Progresista Navarro* (ver la nota 354).

> puesto vuestro nombre al ludibrio y escarnio público, anatematizados como herejes; vosotros no habéis visto las casas de vuestros amigos marcadas con cruces encarnadas; vosotros no habéis visto que a vuestra esposa e hijas se les negase la absolución; vosotros no habéis visto vuestras candidaturas encabezadas con un diablo, ridículo para vosotros que sois hombres ilustrados, pero aterrador para las cándidas conciencias de labradores ignorantes; vosotros, por último, no habéis visto ministros del Señor, olvidando los preceptos del Evangelio lanzándose a las calles, conduciendo entre filas cerradas masas enteras de electores rompiendo las papeletas que no eran las que contenían la candidatura que ellos querían, apostrofando duramente a los presidentes y secretarios de las mesas, a pesar de la ley sobre sanción de los delitos electorales, que desde luego os declaro que ha sido en Navarra completamente inútil e ineficaz [...] os puede servir para juzgar de la libertad que habrá disfrutado Navarra en las pasadas elecciones.

El día siguiente, el 4, Alzugaray insistió en lo mismo que el anterior y explicó que lo extraño no era la nutrida votación obtenida por los carlistas sino que, en el clima político y social descrito, hubiese habido miles de valientes favorables a la candidatura liberal, que habían decidido abstenerse después de que el clero apoyase a la candidatura carlista y de las amenazas de una guerra que se anunciaba próxima. En Navarra, añadía, había casi 80 000 electores, y los votantes de la candidatura carlista y la liberal no habían llegado a 50 000. Los 30 000 restantes, aseguraba que se habían quedado en casa intimidados por los carlistas. Aludiendo a unos incidentes graves ocurridos en Puente la Reina y Sangüesa, señaló que eran los primeros chispazos «de una inmensa hoguera cuyo siniestro resplandor iluminará muy pronto los campos de Navarra»[36].

El diputado carlista catalán Ramón Vinader le respondió que Navarra había querido enviar a las Cortes a los adversarios de las ideas liberales. Después, en nombre de la comisión de actas, intervino el liberal demócrata Rafael Coronel Ortiz, quien dijo que en Navarra predominaba el clero, que, si

36. Sobre tales incidentes, véanse Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, p. 90; y Ángel García-Sanz Marcotegui, *La Confederación Liberal de la Montaña de Navarra (1836-1837)*, p. 115.

había querido elegir a diputados carlistas, estaba en su derecho y, aunque lo sentía, que la diferencia de votos entre la candidatura carlista y la liberal no podía explicarse solo por las amenazas. Admitía que había denuncias sobre la intervención del clero en Navarra y que podrían haberse producido las amenazas, coacciones, etc. señaladas por Alzugaray, pero que faltaban pruebas. Ya al final de su intervención, añadió:

> Si en Navarra la voluntad nacional no concuerda con la voluntad del resto del país, ya se convencerán a su tiempo, o nos convencerá, que lo dudo, pero mientras tanto, están en su derecho [...]. Y si el pueblo navarro se deja llevar de sentimientos religiosos y escucha la voz de los sacerdotes católicos como los antiguos gentiles escuchaban la voz de sus oráculos, eso me importa poco y allá se las hayan.

Después, el diputado republicano aragonés Joaquín Gil Bergés criticó a Alzugaray por su opinión sobre la ampliación del sufragio y porque no se había enfrentado a la influencia clerical y a los carlistas en la campaña electoral, pues había estado cómodamente en Madrid. Si lo que había dicho sobre la coacciones ejercidas en la circunscripción de Estella era cierto –agregaba–, Navarra no debía formar parte de España, «porque sería un país de cafres y salvajes».

El día 5, otro diputado de la comisión, el liberal demócrata madrileño Ignacio Rojo Arias, manifestó que Alzugaray había ido a las Cortes a explicar por qué había sido derrotado, calificó de bellísimo y exacto su discurso y que había explicado «con perfecta lucidez» que, en Navarra, había sido la influencia del clero sobre la población, movida por el sufragio universal, lo que había dado el triunfo a los carlistas, aunque la votación que había conseguido aquel no era despreciable[37]. Por su parte, Estanislao Figueras consideró que el cuadro sobre Navarra pintado por Alzugaray era exagerado, al anunciar una nueva guerra civil, y que, según le había comunicado un eminente liberal navarro, los atropellos que habían cometido las autoridades de Navarra y la

37. El año siguiente, apareció el folleto *Cartas de un labriego navarro en el periódico La Época,* Madrid, Imprenta de *La Época*, 1872, en el que su autor, al parecer el militar y futuro diputado a Cortes liberal conservador Fructuoso de Miguel Mauleón (Arróniz, 1832), fustigó a los «curas-guerrilleros» navarros (ver la nota 282).

falta de tacto y tino del gobernador civil habían hecho que hubiesen sido elegidos siete absolutistas; también calificó de «medio-liberal» a Alzugaray. Este le respondió que, mientras en Tudela los liberales y republicanos tenían que defenderse unidos de las agresiones de los carlistas, en las Cortes los segundos actuaban al unísono con los absolutistas para combatir al Partido Liberal en Navarra y pidió que hubiera «condiciones de libertad» para concurrir a las elecciones. Asimismo, manifestó que, en muchos aspectos, Figueras era menos liberal que él.

Sagasta, entonces ministro de la Gobernación, rectificó las acusaciones de Figueras a las autoridades de Navarra, encomió la labor del gobernador civil y, ante una nueva intervención de aquel, volvió a hacerlo porque había desmontado los planes en contra de la Revolución de Septiembre; igualmente afirmó que había permitido todos los trabajos electorales, incluso con manifiestos subversivos en los que se excitaba a las Provincias Vascongadas (implícitamente, también a Navarra) a rebelarse porque, con la batalla de Alcolea, habría desaparecido el Convenio de Vergara. Además de poder distribuir esos manifiestos, los carlistas se valían de agentes electorales para conspirar, lo que había hecho que el gobernador hubiera detenido al referido Múzquiz[38]. Ante una nueva réplica de Figueras, Sagasta se quejó de que los republicanos, «que se llamen más liberales que nosotros», apoyasen a los carlistas que estaban conspirando contra la nueva situación política.

Un ejemplo concreto del ambiente contrario a los liberales es lo ocurrido en Corella, donde ya el 4 de enero de 1869 se celebró, con una vaca ensogada por las calles, el triunfo de los isabelinos y carlistas en las elecciones municipales[39]. Probablemente a estos resultados contribuyó el clero o, al menos, un cura de esta localidad, Miguel Ayala, quien, en *La Gaceta del Clero*, anunció que dejaba de ser suscriptor del periódico, porque defendía la candidatura de Montpensier al trono de España, y aseguró que la mayoría del clero español quería «la religión pura, el catolicismo puro y también la monarquía pura, porque así, y solo así, ha sido y puede ser grande España»[40]. El 23 de marzo, algunos alumnos del

38. Finalmente, Alzugaray perdió su acta, lo mismo que Múzquiz; este, por estar incapacitado legalmente, ya que había sido procesado.

39. *El Imparcial*, 10-I-1869.

40. *La Regeneración*, 18-I-1869; *El Pensamiento Español*, 19-I-1869.

Seminario de Tudela dieron vivas a Carlos VII y azuzaron un perro grande para que mordiera a dos compañeros que no les habían secundado[41].

Otra carta, enviada también desde Corella, esta sin firma, reproducida en *La Iberia* (22-IV-1869) y tras aludir a «nuestra carta anterior», refiere que, el domingo día 18, había aparecido el letrero siguiente en una de las iglesias de la localidad: «¡Viva Carlos VII y mueran los cuscos...!» (y una palabra obscena que no especificaban), es decir, los liberales. Estaba escrito sobre un fondo negro con yeso blanco y con letras muy grandes, por lo que era imposible no verlo al subir al coro. Al mediodía, el público se había enterado de su colocación y, por la tarde, se comentaba en los cafés. Añadía que esto ocurría después de haber llenado todas las puertas y paredes de la ciudad con letreros similares y, en particular, un muro de 300 metros en el paseo, que estaba materialmente cubierto con «barbaridades» como las siguientes:

Que viva la Religión,
Viva la Virgen María
Que mueran Prim y Topete
Con toda su compañía.
Queridos carlistas, a las armas, a defender nuestra religión, a poner en el trono a Caros VII y no dejar un liberal con vida.
Vivan los curas y frailes,
Viva don Carlos Borbón,
Que mueran los liberales
Y viva la religión.
Mueran los que quieran ser voluntarios de la Libertad.
A degollar a todos los cuscos *de Corella*
Muera Prim, muera Rivero,
Viva nuestro rey don Carlos,
Viva el general Cabrera,
Muera el general Serrano

Estos carteles, añadía, habían permanecido muchos meses en las paredes y en la tapia del paseo y apuntaban a que querrían llenar con ellos las paredes de las iglesias, debido a la tolerancia de las autoridades.

41. AMTu, caja 4, A-16, Memoriales de Alcaldía, 1868-1869.

El día 26 del mismo mes, cerca de medio centenar de liberales corellanos[42] agradecieron a *La Iberia* su mencionado artículo anterior, ya que describía fielmente la situación crítica por la que atravesaban los liberales navarros, debido a la tolerancia de las autoridades, los manejos de los isabelinos y el atrevimiento de los curas en las elecciones, que habían envalentonado a los carlistas de la localidad, donde continuamente cantaban y gritaban a favor de la completa desaparición de los liberales, y llamaban al motín y a alistarse para salir en defensa de Carlos VII. Agregaban que el Ayuntamiento, como casi todos los de la provincia, era reaccionario y se mostraba como tal, y había nombrado cabo de guardas a «un carlistón como una loma», frente a uno que había sido miliciano nacional en la guerra civil, 23 años alguacil y adicto al Gobierno provisional.

En junio, *La Iberia* (11-VI-1869) se refirió a los abusos del alcalde carlista de Corella: había hecho proclamar la Constitución el 6 de ese mes por la tarde, marchando el Ayuntamiento a la iglesia con una banda de música que interpretaba el «himno de Cabrera», y había cerrado el casino a las 10, hora a la que los liberales se reunían para leer el periódico.

El 31 de agosto de 1869, el nuevo Ayuntamiento de Corella comunicó a la Diputación Foral que los liberales estaban sufriendo constantemente insultos y atropellos por parte de los carlistas, excitados y fanatizados por sus dirigentes. Al mismo tiempo, la corporación comunicó al gobernador civil la importancia de formar una Compañía de Voluntarios de la Libertad en esa ciudad,

> por la necesidad de que las personas de ideas liberales estén a seguro de cualquier a golpe de mano que contra ellos pudiera intentarse por los fanáticos enemigos de nuestra justa causa[43].

42. Carta firmada por Juan José Nieva, Canuto Gómez Díaz de Rada, Joaquín José Octavio de Toledo, Bonifacio Indave, Serapio Manuel Francés y Soriano, Luis Garcés, Antonio Porlier, Eusebio García Ibarbuen y Nicolás Andueza* (el asterisco detrás de un nombre significa que aparece en el Apéndice biográfico), que estaban entre los propietarios más importantes, y otras 40 vecinos.

43. AGN, DFN, «Voluntarios de la Libertad. Solicitudes para su organización y armamento (1869/1873)», Corella, 5.

Una larga carta remitida desde Tafalla a *La Iberia* (6-V-1869) desvela también la difícil situación en la que se encontraban los liberales de esa ciudad. Su autor expone que la formación de una Compañía de 120 Voluntarios de la Libertad había exasperado a los carlistas, que dominaban el Ayuntamiento. Y añadía:

> Solo aquel que conozca el espíritu fanático de este país, entregado a ciertos agentes de la peor estofa, y acaudillados por algunos mal llamados ministros de la paz, podrán comprender lo que hemos sufrido en todas partes con toda clase de manifestaciones, insultos, mueras a los liberales, y canciones como la siguiente, que no es por cierto la menos asquerosa, aunque a su modo bastante evangélica:
>
> *Los hijos de los carlistas*
> *Ya no quieren comer carne,*
> *pues solo quieren comer*
> *cabezas de liberales* [...]

Se refería después a los incidentes, en los que había muerto un voluntario de la Libertad, Sebastián Baigorri[44], y del choque entre sus compañeros y tropas del coronel José Lagunero con paisanos en los que murieron varios de estos últimos[45]. Al final de la carta, decía, «Hemos vivido un puro infierno hasta reventar».

44. Ese mismo año, se dio una pensión a su viuda (AMTa, caja 733/12), muy probablemente familiar de Lino Baigorri Aranguren (Tafalla, 1834), que fue teniente del Ejército y combatió en la guerra de África, Santo Domingo y en Cuba (AGMS, Sección 1.ª, leg. B-64).

45. Cfr. Eduardo González Lorente; Más noticias sobre la denominada «Noche Lagunera» de Tafalla. La versión militar», *Príncipe de Viana*, 247 (2009), pp. 429-438; Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros en el Sexenio Democrático*, pp. 278-282; José María Esparza Zabalegui, *Historia de Tafalla*, Tafalla, Altaffaylla, 2013, t. I, pp. 628, 630, 631. José Lagunero perteneció al Partido Progresista Democrático de Ruiz Zorrilla y, como tal, fue muy celebrado por sus correligionarios en Navarra, donde su retrato era uno de los que presidía los mítines democráticos (*El Arga*, 21-III-1881).

Estos sucesos de Tafalla tuvieron eco en la sesión de las Cortes del 7 de mayo de 1869. En ella, Ruiz Zorrilla[46], entonces ministro de Fomento, salió en defensa del militar republicano y dijo, entre otras cosas:

> En Navarra vienen viviendo los liberales, como en algunos otros pueblos de Castilla y de las Provincias Vascongadas, la vida más amarga, la vida más dura, la vida más terrible que haya podido tener ningún partido político. Los carlistas, desde que terminó la guerra civil, abusando de la libertad que se les concede para reunirse, abusando de la libertad de imprenta que se les da para expresar sus pensamientos, todos los días, a todas las horas y en todos los momentos, no dejan de inferir denuestos e improperios a los liberales, lo mismo cuando van al templo de Dios, que cuando salen de sus casas, que cuando se retiran de la tertulia [...]
>
> La situación de nuestros amigos en Tafalla, Sres. Diputados, es imposible que yo os la pueda pintar, porque, si bien es triste en toda Navarra, lo es más en dicha población. En Tafalla se grita ¡viva Carlos VII! por la mañana, por la tarde y por la noche, y en el rosario de la aurora, a que S.S. (*el diputado carlista Ochoa de Zabalegui*) hacía alusión. Todos los hombres y todas las mujeres que van a ese rosario llevan una medalla con una cinta verde que es lo que han encargado los emigrados carlistas que lleven como símbolo de la próxima venida de su rey, y llevan además una medalla con la efigie del rey que esperan, cuyas medallas han venido del extranjero traídas por un emigrado al que se le ha cogido preso estos días [...]
>
> Los pocos liberales que hay en Tafalla (porque es de advertir que por desgracia esa población es carlista en su mayoría y siguen las doctrinas y hacen caso de las predicaciones de S.S. y de sus amigos) vivían humillados, maltratados e insultados todos los días. Hubo necesidad de mandar una co-

46. Que se refirió a sus parientes que residían en Tafalla. Uno de ellos, Bernardo Ruiz Zorrilla Ruiz Zorrilla (San Pedro del Romeral, Santander, ca. 1822), nombrado concejal en enero de 1874, aunque renunció ese mismo mes, casado con Blasa Tiebas Escolar (Tafalla, 1827), cuyo hijo, Indalecio Ruiz Zorrilla Tiebas (Tafalla, ca. 1848), aportó 30 reales de vellón a la suscripción para erigir un monumento a Prim (AMT, caja 1358/14). Otra, Petra Ruiz Zorrilla (San Pedro del Romeral, ca. 1816), contrajo matrimonio con Juan Arroyo Ruiz Zorrilla (San Pedro del Romeral) y su hijo Luis (Tafalla, ca. 1843), abogado, casado con María Luisa Busto Elorz (Tafalla, 1854), que era hermana del jurista Pablo Busto Elorz, fue nombrado concejal y elegido segundo teniente de alcalde en enero de 1874 (AMT, Actas del Ayuntamiento, libro 51, sesiones del 9 y 22 de enero de 1874).

> lumna que recorriera todo el distrito de Tafalla [...] para dar cierta seguridad a nuestros amigos y para decirles: «Es verdad que aquí estáis maltratados y oprimidos por los que tienen ideas realistas, pero ya sabéis que vigila la autoridad; ya sabéis que vigila la soberanía nacional; ya sabéis que el pequeño número de carlistas que puede haber en algunas poblaciones determinadas no significa nada al lado del gran Partido Liberal español, que está representando, que está acatando, que está desenvolviendo, que no procura más que realizar lo que ha proclamado: la Revolución de Septiembre».

A la vista de que en Tafalla había pocos liberales, cabría pensar que la mayoría eran carlistas, a los que, en contraposición a aquellos, con frecuencia se presenta como pobres. De todos modos, hay que matizar la habitual identificación mecánica entre rico y liberal y entre jornalero y carlista en esta ciudad, al igual que ocurre en Tudela (ver p. 76). Además del elevado número de movilizados en los Voluntarios de la Libertad, de la República, etc., hay alguna otra noticia significativa en ese sentido. En febrero de 1872, el contraguerrillero tafallés Modesto Muez, con otros 60 jornaleros, dirigió un escrito al Ayuntamiento sobre los bienes comunales[47]. De cualquier modo, teniendo en cuenta lo anterior, parece exagerado que, como le escribió el alcalde de Tafalla al gobernador civil, en las fiestas patronales de agosto había reinado una «paz octaviana» y que había desaparecido la excitación de antes, gracias en parte al interés puesto por los voluntarios para agasajar al vecindario[48].

Asimismo, otras noticias, como las siguientes, revelan el ambiente hostil en el que se desenvolvían los liberales navarros. Como también se dirá más adelante, en Tudela, inmediatamente después de las elecciones del 5 de enero de 1869, los carlistas proclamaron a Carlos VII y la actuación de los Voluntarios de la Libertad se vio mediatizada por las especiales circunstancias en que estaba el Partido Liberal al que aquellos odiaban. Por ello, el 27 de mayo y el 23 de agosto de 1869 el Ayuntamiento pidió 60 fusiles para enfrentarse a cualquier perturbación del orden, aunque no fue hasta julio del año siguiente cuando se los concedieron[49].

47. José María Esparza Zabalegui, *Historia de Tafalla*, t. 1, pp. 645, 695.

48. *BOPN*, 23-VIII-1869.

49. AGN, DFN, caja 20352/1, «Voluntarios de la Libertad. Solicitudes para su organización y armamento (1869/1873)», Tudela, 1.

En un escrito del 22 de febrero de 1870, el Ayuntamiento de Peralta informó a la Diputación de que el día anterior, de acuerdo con la corporación, los 80 voluntarios de la Libertad habían decidido desfilar por primera vez y promulgar la Constitución y que, concluido el acto, cuando sus compañeros de Azagra tocaban el himno de Riego, un gran grupo de paisanos dieron gritos a favor de Cabrera y Carlos VII e hicieron dos disparos, que fueron contestados por los voluntarios con otros. Añadía que, a las primeras horas de la mañana, se supo que no se quería decir una misa a los voluntarios dada su significación liberal. Por ello, pedía a la Diputación que diese una lección al clero de la villa y se le excluyese en el reparto de la contribución, dejando al pueblo que le pagara como estimara oportuno y comprometiéndose el Ayuntamiento a hacerlo en lo relativo al culto[50].

En la noche del 16 de junio de 1870, en Allo, los carlistas estuvieron alborotando e insultando a los liberales, que se vieron obligados a marcharse de la población. Pocos días después, treinta soldados con sus mandos y cuatro guardias civiles cogieron puñales, navajas, estoques y un trabuco en el pueblo y los inutilizaron[51].

Hay otras noticias tan esclarecedoras como las anteriores. El 29 de julio hubo de nuevo desórdenes en Tudela que acabaron pronto al detenerse a algunos de los causantes[52]. *La Época* (2-VIII-1870) reprodujo un carta al respecto de un militar, F. U., probablemente Francisco Urtasun, publicada por *El Puente de Alcolea*, en la que describía lo ocurrido aquel día. A la tarde, un voluntario de la Libertad había sido herido por un grupo de carlistas cerca de la casa en la que vivía un cura, Francisco Montes, y «este ángel de paz y caridad» le había magullado la cabeza a pedradas. Poco después, cien carlistas, al grito de «hoy no ha de quedar ninguno», se dirigió a la casa consistorial, apedrearon al alcalde y a los alguaciles y solo se disolvieron cuando aparecieron los voluntarios de la Libertad. Señalaba que, desde hacía bastantes días, los carlistas estaban muy insolentes y todas las noches armaban jarana. Añadía que insultaban a las mujeres de los liberales, todo lo cual coincidía con la llegada de Roma del obispo de Tarazona Cosme

50. Ibíd., Peralta, 4.
51. SHM, Madrid, Guerras Carlistas, caja 9, carp. 56.
52. Ibíd., carp. 64.

Marrodán[53], cuyos sermones, «intencionadamente políticos, no tardan en dar resultado»[54].

También *El Vigilante. Periódico Liberal de Gerona* (7-VIII-1870) insertó una carta de su «corresponsal» en Tudela que se refiere al mismo suceso. En ella, informaba de que a las corridas de toros, con motivo de las fiestas de Santa Ana, había asistido «poca gente de la clase baja», porque los carlistas tenían la consigna de no ir para evitar tener que escuchar los himnos patrióticos que pudieran tocar los Voluntarios de la Libertad, quienes finalmente no interpretaron ninguno. Sostenía que los carlistas tudelanos se mostraban agitados y que un grupo de jóvenes de esta ideología habían marchado hasta la casa consistorial y habían tirado piedras contra los alguaciles, intentado hacerse con las armas que se guardaban allí, lo que había provocado que «todos los liberales, jóvenes y viejos, republicanos, progresistas, y moderados», salieran a la calle y pusieran retenes y patrullas, mientras su orquesta tocaba el trágala y otras canciones patrióticas. Se produjeron algunos encontronazos y resultaron heridos dos o tres voluntarios y otros tantos carlistas y se detuvo a alguno de estos últimos. Finalizaba diciendo que el obispo de Tarazona, llegado hacía poco tiempo de Roma, había visitado el Seminario «y hay quien ha notado que cuantas veces pisa el suelo tudelano (era también administrador apostólico de Tudela), otras tantas se soliviantan los carlistas», pero que no había ningún peligro, pues, siempre que se les incitase, los liberales ocuparían el puesto de honor, con el valor propio del Partido Liberal navarro, que «aunque reducido, es suficiente para no consentir nunca que domine nuestra rica provincia ese fanático partido de sacristanes y monaguillos»[55]. Por su parte, el portavoz oficioso del carlismo, *La Esperanza* (9-VIII-1870), publicó una carta enviada desde Corella en la que desmentía enérgicamente las noticias de otros periódicos sobre que, en la población, se insultaba a los liberales y que el día 1 de agosto los carlistas gritaran desaforadamente: «¡viva Carlos VII!».

53. Marrodán había viajado a Roma con el obispo de Pamplona con motivo del Concilio Vaticano I (José Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona. Siglo XIX*, Pamplona, Gobierno de Navarra-EUNSA, 1985, tomo X, p. 138).

54. Reproducido también por el periódico carlista *La Esperanza*, 3-VIII-1870.

55. Aunque seguramente a efectos propagandísticos, la determinación y el coraje de los liberales navarros, pese a su escaso número, era un lugar común entonces. En este sentido, se manifestó, por ejemplo, Prim en Alsasua (*La Época*, 24-IX-1869).

Según *La Prensa Imparcial* de Pamplona, en marzo de 1871, varios clérigos de la Montaña navarra se habían entrevistado en Irurzun para tratar de las elecciones «y de asuntos de mayor importancia» y, en la sacristía de una parroquia de Sangüesa, se había celebrado otra reunión para adoptar un acuerdo definitivo sobre las aspiraciones de los carlistas de la zona que parecían decididos a emprender una nueva guerra a favor de don Carlos[56].

Una carta enviada a *El Imparcial* (13-III-1871) por su corresponsal en Corella hablaba de los intentos de asesinato, a tiros, de dos secretarios liberales de una mesa electoral, lo que había hecho concentrase a los Voluntarios de la Libertad, que también habrían recibido disparos. Según el corresponsal, lo ocurrido se debía a la influencia del clero que así preparaba las elecciones para «sus *católicos* correligionarios» y llamaba la atención del Gobierno para que tuvieran en cuenta a una de las ciudades más carlistas de Navarra, donde la vida de sus pocos liberales estaba siempre en peligro.

En la sesión del 29 de abril de 1871, el diputado a Cortes corellano Eduardo Alonso Colmenares se refirió a los disturbios de los que había sido testigo en el distrito de Tudela durante la campaña electoral en esa ciudad, en Corella y en Cascante, donde habían ocurrido los más graves, y de donde era natural el candidato carlista derrotado, Mauricio Bobadilla[57]. Según él, los altercados habían sido obra de los carlistas. En Corella, donde habían votado de 800 de 1100 electores, la primera noche de las elecciones, el secretario de una mesa electoral tuvo que salvarse corriendo de la acometida de dos carlistas armados de navajas. Al otro secretario le dispararon dos tiros y le introdujeron 40 perdigones gruesos y cinco más a un notario que le acompañaba. Aun así, el alcalde, el citado Juan José Nieva, convocó a los Voluntarios de la Libertad y a la Guardia Civil y restableció el orden en media hora[58]. Estos

56. Reproducido en *El Imparcial* (5-III-1871).

57. Sendas semblanzas de ambos candidatos, en César Layana Ilundain, «Biografías de los parlamentarios por Navarra (1869-1889)», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 3-4 (1996-1997), pp. 302-303, 312-313. Alonso Colmenares perteneció a la junta directiva del Partido Constitucional (*La Montaña. Periódico Republicano-Federal* de Pamplona, 16-XI-1873).

58. El periódico carlista *La Esperanza* (1-VII-1871) elogió los desvelos de Nieva para organizar las fiestas de junio de 1871 en honor de Pío IX, pues había hecho colocar en la fachada del ayuntamiento un gran retrato del Papa con diversas leyendas. El periódico carlista añadía que, en el Casino Liberal, se había puesto un cartel en el que ponía: «El Casino liberal al Vicario de Cristo».

hechos, aunque soliviantaron a los liberales, no impidieron que los siguientes días las elecciones y el escrutinio transcurrieran sin desórdenes[59]. En Tudela, proseguía, en la segunda jornada electoral, pese a que a iban ganando, los carlistas habían hecho disparos por la calle, lo que había obligado a que la milicia ciudadana y fuerzas del Ejército y de la Guardia Civil salieran a patrullar. Entonces, un reconocido carlista disparó con un trabuco al comandante militar, si bien solo le afectó a su uniforme. También tirotearon al jefe de una de las compañías de los Voluntarios de la Libertad, Vicente Mur[60], y al inspector del ferrocarril de Bilbao a Tudela y de Zaragoza a Alsasua, Eusebio Martínez[61]. En su opinión, esto retrajo el voto liberal, por lo que el candidato carlista había logrado 900 votos, mientras que él solo había llegado a 500. En Cascante, el fabricante de cerillas José Garro, «fanático carlista», habría celebrado en su casa una reunión, a la que había acudido el párroco de la iglesia de San Miguel, en la que se atacó duramente a su padre[62], diciendo que era judío, que él era tan judío como aquel, y se había decidido dar tres pesetas a cada uno de los que votasen al candidato carlista y utilizar toda clase de medios para favorecer a este último. En una mesa, 17 o 18 carlistas habían provocado desórdenes y atacado a un voluntario de la Libertad desarmado, al que causaron numerosas heridas de arma blanca; también habían herido a la mujer de un voluntario y al hijo de otro que tenía solo 12 años. Entonces, se convocó a los Voluntarios de la Libertad y se hicieron algunas detenciones, aunque no la del párroco de la iglesia de la Victoria, porque se escapó. Pese a todo, aseguró que, en Cascante, el candidato carlista no había obtenido ningún voto.

59. Con todo, hubo protestas, alegando que, en una mesa, habían participado 50 electores y se habían contabilizado 90 (Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, pp. 167-168).

60. Seguramente relacionado con Javier Mur Anchorena, alcalde de Tudela en 1863-1864 y 1872, vocal del Comité Monárquico Democrático organizado en 1869 y concejal de la ciudad (Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, pp. 238, 345).

61. Varias noticias sobre su trayectoria, en Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, pp. 46, 74, 227, 322 (n. 4).

62. El exministro de Gracia y Justicia, en 1841-1842 y 1854, e interino de la Gobernación, 1841, José Francisco Alonso y Ruiz de Conejares (Corella, 1781-Madrid, 1855).

En su respuesta a Alonso Colmenares, el mencionado diputado carlista Joaquín María Múzquiz se refirió a que Navarra era «un país especial dentro de España; un país hasta cierto punto autónomo» y que el sentimiento foral unía a los navarros, pero que «no era posible olvidar la manera sangrienta que tienen los liberales de defender sus opiniones políticas en aquella provincia», lo que producía una gran división «en la vida foral del país». Advertido por el presidente de que se atuviera a las elecciones en el distrito de Tudela, dicho diputado carlistas planteó cómo se explicaba que, en él, poco después de la Revolución de Septiembre[63], los carlistas hubiesen obtenido 5000 votos y los liberales, escasamente 1000 y ahora había ganado el candidato liberal. A su juicio, se debía, entre otras cosas, a que cientos, y aún miles de ciudadanos habían sido llevados a las cárceles, a que llevar boina era tenido como indicio de sedición y a que, sin haber habido ningún levantamiento, Navarra había estado cuatro meses en estado de sitio hasta dos días antes de las elecciones. El triunfo de Alonso Colmenares, continuó, se entendía porque los inauditos atropellos y amenazas sufridos por los carlistas en el distrito de Tudela habían provocado el retraimiento de los de Murchante, Buñuel, Ribaforada y otros pueblos. En Fitero, un piquete de la milicia con un concejal a la cabeza se había situado en cada uno de los colegios; en Ablitas, los Voluntarios de la Libertad habían ocupado también los colegios y, además, habían disparado en las calles, herido al primer contribuyente y a su criado por ser carlistas; de ahí que no hubiese habido ningún voto para Bobadilla. Respecto a Corella, afirmó que, en la primera ocasión en que se presentó él, había conseguido 934 votos de los 1000 electores y, sin embargo, ahora el candidato carlista solo había logrado 200. Dijo también que, pocos días antes de la jornada electoral, los Voluntarios de la Libertad habían causado seis muertos y 30 heridos y que se había eliminado del censo electoral a 300 electores carlistas, lo que explicaba que el segundo y tercer día de las elecciones sus correligionarios se retrajeran y que

63. Se refería seguramente a las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869 en las que la circunscripción de Estella abarcaba su propio partido y los de Tafalla y Tudela. Sobre estas elecciones, véase Ángel García-Sanz Marcotegui, César Layana Ilundain, Guillermo Herrero Maté, Eduardo González Lorente, *Los liberales navarros durante el Sexenio Democrático*, pp. 88-98.

incluso los secretarios escrutadores no ocuparan sus puestos por el peligro que corría su vida. En Cascante, el candidato carlista había tenido 900 votos en la anterior convocatoria, mientras que el liberal nunca había pasado de 50 y, sin embargo, en la actual, Alonso Colmenares había conseguido 750. El alcalde, nombrado por la autoridad militar, había hecho detener a cuatro de los electores más influyentes y otros muchos se habían visto obligados a huir del pueblo, los Voluntarios de la Libertad habían causado once heridos e incluso un criado de Bobadilla había sido asesinado[64].

Alonso Colmenares respondió que, pese «a esa vanidad satánica que se ha apoderado de todos los carlistas de España, Navarra no era carlista, sino liberal», pues, en las elecciones constituyentes, los liberales se habían abstenido; asimismo, negó absolutamente todas las aseveraciones de Múzquiz sobre lo ocurrido en el distrito de Tudela, que en Cascante habían sido los carlistas los que habían herido a la mujer y al niño que había citado y a los Voluntarios de la Libertad, que no se habían propasado con nadie. También dijo que desconocía que se hubiera asesinado al referido criado y pidió que se investigase.

En apoyo de Múzquiz, habló después el diputado carlista Luis Echeverría[65], quien aseguró que, en el distrito de Tudela, se habían puesto en marcha todos los medios para impedir el triunfo carlista y que, en el único pueblo donde había Milicia Nacional, no le había podido votar nadie y que incluso él no había podido ir allí porque le avisaron de que estaba expuesto a chocar con una especie de partida de la Porra[66].

El espíritu que animaba a los carlistas navarros por el influjo del clero se refleja en la carta publicada por «Un corellano» en *La Esperanza* (18-III-1872), a propósito de que las carmelitas descalzas de la ciudad habían solemnizado la canonización de su fundadora. En ella se sostenía que, «pese al espíritu del mal», España sería siempre católica, que los corellanos estaban

64. Desde otro flanco, el semanario *La Montaña. Periódico Republicano-Federal* (19-III-1871) comentó, con no poco sarcasmo, los buenos resultados de los «situacioneros», el progresista Zabalza y el unionista Alonso Colmenares, y coincidió con las observaciones de Múzquiz sobre las votaciones de Corella y Cascante.

65. Una semblanzas suya en César Layana Ilundain, «Biografías de los parlamentarios por Navarra (1869-1889)», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 3-4 (1996-1997), p. 325.

66. *Diario de las sesiones de las Cortes*, sesión del 29 de abril de 1871. Más tarde, según *El Pensamiento Español* (5-IV-1872), este tipo de partidas se formaron en Cascante y Corella.

afligidos por la prisión de Pío IX; y también expresaba su deseo de que España recobrase su fe y su unidad católica.

Esta tensa situación siguió durante la guerra, cuando los liberales fueron acosados incluso en las zonas no controladas por los carlistas[67]. En una carta remitida desde Tudela y publicada en *La Esperanza* (30-IV-1873), se dice que, a finales de abril de 1873, durante tres noches, grupos de jornaleros apedrearon las casas y rompieron las puertas y balcones de varios conocidos liberales al grito de «¡viva Carlos VII!», a pesar de la presencia de Voluntarios de la República, entre los que, al parecer, había un carlista. El temor a que ocurriese «una gran catástrofe» había obligado a siete familias de liberales a emigrar. El autor de la carta añade que un ambiente similar estaban otros pueblos, entre ellos, Ablitas[68]. Desde luego, seguramente los carlistas fueron hostigados en las zonas controladas por los liberales.

67. Véase al respecto Cesáreo Montoya, *Estella y los carlistas. Defensas del fuerte de Estella y consideraciones sobre la guerra civil en Navarra*, Madrid, Imprenta de Pedro Montero, 1874, pp. 20-21, 67. (El autor de este folleto es Telesforo Lacarra Montoya*).

68. De todos modos, en este pueblo, en marzo había habido una manifestación de federales pidiendo la disolución de la Asamblea, que estuvo a punto de provocar un enfrentamiento con los Voluntarios de la República *(La Montaña. Periódico Republicano-Federal*, 23-III-1873; *El Imparcial*, 27-III-1873; *La Iberia*, 28-III-1873). A principios del mismo mes, los alcaldes de Cascante y Ablitas, al igual que los de Milagro y Villafranca, donde también hubo incidentes en abril, fueron sustituidos (*El Imparcial*, 10-IV-1873).